No obstante, para adular un poco á la común opinión, introduzco yo también una ficción sencillísima, semejante á las que Ovidio usa aquí y allí en sus Metamórfosis: pinto á la Poesía empapada en amargo llanto al verse cautiva y obligada á servir en profanos ministerios, indignos de su nobleza, á quien todos estos cantos están destinados como para consolarla y restituirla á su antigua grandeza.

Y en verdad, no hallo qué otro figmento pueda forjar quien pretende cantar los augustos misterios de nuestra santa Religión. Sírvanme de ejemplo, y aun de escarmiento los dos insignes poetas arriba mencionados; de los cuales, uno, halagado más de lo justo por las ridiculeces fantásticas de la Mitología, mezcla tristemente lo sagrado con lo profano. El otro, en todo el libro tercero y cuarto introduce á San José y á San Juan, explicándole á Pilatos los altísimos misterios de la Concepción, Nacimiento y Vida de Nuestro Señor Jesucristo, para libertarlo de la muerte: lo que no sé si pueda caerle en gracia á alguno de los que estiman las cosas por su justo valor. Por tal razón, escogí yo aquella ficción que no fuera á estrellarse en estos ó semejantes escollos; teniendo siempre la mira puesta, con todo cuidado y cautela, en no lastimar para nada las divinas verdades, sino adornarlas segun mis escasos recursos y dotes mentales; procurando con esto, proporcionar algun lenitivo, por decirlo así, á nuestra augusta Religión, nunca tal vez como en esta edad nuestra tan combatida con los más execrables libros, llenos de la más descarada audacia. Empleé toda la diligencia posible, en seguir las huellas de los Padres y Maestros de la latinidad, que florecieron segun la expresión de los eruditos, en los siglos de oro y plata, quienes ya hace casi treinta afios, forman mis delicias.

Si á alguien pueda moverle escrúpulo alguna voz, ó la fuerza y significación que le atribuyo, ó tal ó cual construcción ó giro; le suplico ántes de todo, no falle á caso y prematuramente; en seguida me advierta del error sorprendido en evidencia: pues yo le prometo gratitud al amigo que me amoneste, y de muy buen grado, enmendaré mi yerro. Por último, te advierto, benignísimo lector, que antes de entrarte por estas páginas, fijes la atención en las erratas tipográficas que en la última se retractan.

Y esto es cuanto me pareció útil y necesario preludiar.



CANTICO A NUESTRO DIOS.

La real Poesía para ensalzar nacida
Al verdadero Dios, Rey Soberano,
Deploraba, en el llanto sumerjida,
Que á la ficción más vil y embuste vano
Era por los mortales impelida,
Con gran violencia con delirio insano;
Sierva de ministerios deshonrosos,
O de viles cuidados enojosos.

Por padre desdeñaba al grande Homero
Entre copiosas lágrimas, jurando
Que había mecido por divino fuero
Su cuna el cielo, á quien nació halagando;
Antes que el coro efímero, embustero
De sus Musas la Grecia delirando
Inventara y de Apolo el griego nombre
Acá en la tierra repitiera el hombre.

Ella afirmaba que del cielo un día
Rauda bajó sobre Moisés divino;
Cuando el Vate cantó de la bravía
Mar en la playa un himuo peregrino
A Jehová vengador que el rayo envía
Quien le abrió por el mar firme camino
De Faraón burlando la pujanza,
Con inaudita indómita venganza:

Cuando el Ponto ensanchó sus fauces fieras, Y sepultó en su seno tenebroso
Las infinitas huestes altaneras
Del Monarca, que ardiente y jactancioso, Y nutriendo esperanzas lisonjeras, Ya aferraba su presa cual coloso:
Mas carros y caballos al momento
Hundiéronse cual plomo, ciento á ciento.
Nacida y destinada se decía.

Tan solo á Dios para rendir honores, Y brindarle perfumes y ambrosía; Y del hombre la mente y los loores, En alas de su grata melodía, Elevar cual suavísimos olores, Hasta el cielo, hasta el trono refulgente Del Supremo Creador Omnipotente. Gemía ovendo el crujir de sus cadenas,

Bajo el peso del yugo malhadado,
Con que manos sacrílegas y obscenas
Cargado habían su cuello delicado;
Contaminando, de inmundicia llenas,
Las galas con que Dios la había ataviado,
Arrastrándola á cuentos infantiles,
A quimeras y ensueños mujeriles;

De amantes á delirios monstruosos,
Y á mil partos de loca fautasía;
Hasta que al fin de Dioses fabulosos
Fué vil esclava, y en inmunda orgía
Hizo apurar placeres afrentosos:
A tal recuerdo sin cesar vertía
El llanto, y con sus manos profanadas
Encubría sus mejillas sonrojadas;

Torcía el rostro hacia atrás, aun esquivando La vista del mortal y el sol luciente; Y en su dolor ya hasta la vida odiando, Por la muerte anhelaba ardientemente. ¡Oh! si pudiera su dolor calmando, Guiar las desviadas Musas nuevamente Del alma Religión por el sendero, Y restituirlas al fulgor primero.

Tú, á mi pecho desciendes, oh Increada Mente en que toda se engendró la Ciencia; Despide sobre mí, tu luz sagrada, Un rayo de tu luz; y en tu clemencia Has que élla sea mi guía por la escarpada Senda en la cual vacila mi impotencia: En mi pecho Tú enciende noble aliento, Dále expresión y vida al pensamiento.

Abreme los arcanos insondables
Que escondiste en tu libro misterioso;
Y los siete aureos sellos inviolables
Desátame benigno y bondadoso.
Estas fuentes de ciencia inagotables
Quiero para entonarte himno grandioso:
Pues Tú sólo en tu mente has penetrado,
Y cosas de Tí dignas anunciado.

Del Agamipe¹ la infecunda fuente Aqui mostrara sus esfuerzos vanos. Aunque en su pobre túrbida corriente Bebieron vates Griegos y Romanos: Has que vibre mi canto noblemente Con enfáticos ritmos sobrehumanos: Se deslice ai oído el canto mío Como lluvia en la grama, ó cual rocío: Resuene en él tu Nombre sempiterno. Y resalte doquier tu Omnipotencia: Y de Cristo también, tu Verbo eterno, Tu Unigénito cante la indulgencia; Quien, para libertar del hondo Averno Al hombre vil, mandaste en tu clemencia. A revestirse de la humana arcilla. Y á nacer de una Virgen sin mancilla.

CANTO I

DIOS ES UNO.

EL PADRE, EL VERBO Y EL ESPIRITU SANTO; Y ESTOS TRES SON UNA MISMA COSA.

Un Artífice Inmenso, Soberano,
El cielo, el mar y la espaciosa tierra,
Y todo el mundo, de la informe nada
Sacó con sabia mano,
Y rige con grande arte; cuanto encierra
El Universo, en rápida mirada
Demuestra claramente,
Que es precisa una mente
Que dirija en el vasto firmamento
De los astros el vuelo portentoso,
Que menguas y crecientes va alternando;
Sin que el tiempo fugaz y turbulento

Agamipe. Nombre de una fuente que nacía al pie del Thelicón, uno de los cruco montes que habitaban las Musas. Estaba consagrada á éstas; y se crela que sus aguas tenían la propiedad de inspirar al que las bebía. Aquí se toma por la inspiración profana, impotente para el argumento del Poeta.

Pueda invertir ese orden armonioso, En su marcha á los astros perturbando; Pues siguen siempre su incesante vuelo De día y de noche por el vasto ciclo. Aunque á la luz de este esplendente día Se cierre to pupila, aunque no quieras

Se cierre tu pupila, aunque no quieras, El sol divino forzará tu mente, Venciendo tu porfía;

El onagro que pace en las praderas, Y aun el pez mudo de la mar hirviente, Con tácita elocuencia

Podrán tan ciara ciencia, Claramente enseñarte; y de la nada Te dirán que ha brotado el mundo todo

De Dios por la palabra poderosa. Pueblo alguno jamás, con lengua osada, Aunque ferino y bárbaro en gran modo, Negar pudo verdid tan luminosa:

Y ann de los montes los profundos huecos. De éste Gran Sér resuenan con los ecos.

En los eternos hielos borëales,

Do el sol se niega al Septentrión obscuro, Sepultado en tiniebla tan profunda; Y allá en los arenales

Del Cafre ennegrecido, el rayo puro De esta luz brilla; ¹ y do la mar inunda, Y bañan sus oleadas

Regiones ignoradas

Gran tiempo, y que abrasadas se creían Por el sol; mas ni sienten sus ardores, Ni el rigor del invierno: de oro y plata Rebosan sus entrañas, que escondían Codiciosos tesoros: sus fulgores Eterna primavera allí retrata.

Y de un Edén las bellas galas muestra, Cual de Jehová plantado por la diestra.

Estuvieron un tiempo en pleno día Sumergidas en cãos tenebroso:

Mas el Sol de Verdad ha ya destruido Esa noche sombría,

Un tronco, en fin, ó escollo tenebroso, Es aquel cuyo pecho endurecido Una Deidad creadora
No siente, ni la adora.
Erraron locamente los mortales
Sobre verdad tan clara, y sin medida
Ficciones mil y fábulas hurdieron,
Como doquier lo narran sus anales;
Y del Supremo Sér la luz perdida,
Entre muchos su reino dividieron,
Mil monstruosos delirios inventando,
Y á quiméricos Dioses adorando.

El indomable piélago espumoso
Menos ovas arranca en sus furores,
Y en número más corto sus arenas
Revuelve borrascoso;
Y menos son las yerbas y las flores,
Que los nombres de fútiles y obscenas
Deidades, mitos vanos,
Que honraron los humanos,
En sombra hundidos y tiniebla obscura:
Ridículas, efímeras deidades,
De toda burla y toda mofa dignas.
Hasta el Tonante, que desde la altura,
Con el rayo sonoro las maldades
Castiga de los hombres, traba indignas
Riñas entre los Dioses altaneros,

Sueltos de lengua, y para obrar ligeros. Así dos toros en el verde prado Mugiendo y escarbando, van á herirse. Celosos por la vaca más hermosa, Y el cetro del ganado Ambicionando. A Jove convertirse1 Vimos en toro, ó bien en engañosa Lluvia brillante de oro. Hollando su decoro Tras de una bella ninfa; ya las alas Viste del cisne y su ropaje gayo, O del águila finge el raudo vuelo: Aunque Juno solicita, sus galas Pavoneándose, ostente al Dios del rayo, Que es su hermano y esposo; el rey del cielo Astuto es é ingenioso en su lujuria,

Alude aquí á los países colocados en la zona tórrida, y especialmente México, países que se creian antes inhabitables. Toma el Padre ocasión paelogiar su suelo patrio.

¹ Principales metamórfosis de Júpiter. Transformóse en toro para perpetrar el rapto de Europa, hija de Cadmo; en lluvia de oro para penetrar en la torre que guardaba cautelosamente á Danae, hija del rey Acrisio; y en cispe, persiguiendo á Leda, esposa de Tíndaro.

52

Y de él brotó de Dioses horda espuria. A tí vimos también, oh real Neptuno. Ciego de amor, trocarte en un novillo: A la virgen de Eolia persiguiendo. Protervo é importuno. ¡Y oh intonso Apolo! aunque el divino brillo Encienda tu mirada, y aun tafiendo Tu citara armoniosa: Dafne más desdeñosa Rauda esquiva tu aliento emponzofiado. Y ¿Qué diré de tí, Vénus obscena; Y de tí, Baco, con tu roja frente Cefiida por la yedra, y del alado Mercurio? Mas desecho la faena De un fango manejar tan pestilente. Y á estos Dioses sirvió Roma pagana? Oh grande oprobio de la mente humana! A estos monstruos y futiles quimeras. A estos negros abortos, que sencillo Niño burlar podría? Si el Ser Supremo Sus sendas verdaderas No nos descubre, y de su luz el brillo. Tocamos de la insania el hondo extremo; Y nuestra mente ciega La luz más clara niega Que en nos, Natura próvida ha encendido. ¡Ella acaso no enseña claramente. Que el cetro de los cielos dividiendo. Y entre varios monarcas compartido. Vivirian altercando eternamente Estos con su contrario, en ellos siendo Mentes y voluntades designales. Y en gloria y en poder siempre rivales? Pero aquel Dios, que todo no pudiera. No seria Dios; finjamos que con brio Iguales combatieran, vacilando, En esa lucha fiera Volara la victoria, y el bravio Impetu de la guerra, al fin cimbrando Al cielo temeroso, Rodara fragoroso Al caos profundo con horrible estruendo. Y arrastrara en su choque las estrellas. Y cuanto adorna al cielo rutilante. Así, Apolo y Vulcano combatiendo,

Este por derrocar las torres bellas De Troya, aquel á su favor constante, Bien pronto de sus bases la arrancaron, Y en humeantes cenizas la trocaron. Mas un Dios Soberano solamente Reina en los cielos, árbitro del mundo, Que con su gran saber gobierna y rije; Creador Omnipotente, Que igual no reconoce ni segundo, Y lo que El solo creó, solo dirige. Si en la celeste esfera Muchos Dioses hubiera, Ninguno su real trono conservara: Pues el Supremo Dios, Rey Soberano, No admite cabe si rival alguno. No viendo el precipicio en que rodara, El cielo gentilismo, culto insano Tributó á mil Deidades de consuno; Y entronizando Dioses á millares, A todos derribó de sus altares. Así en la mar el nauta con prudencia Un escollo insidioso hüir queriendo A vela v remo, en la escondida roca Con impetu y violencia Se estrella, sus celadas no advirtiendo. Cruje la débil quilla: y ya derroca El piélago espumoso, Que azótase furioso, De la barquilla la muralla vana; Y burlando su verro con fiereza, Con el piloto trágala y sepulta. Mente pura, sublime, soberana, Simple espíritu es Dios, quien su belleza A nuestra vista limitada oculta: Cuerpo no tiene, y del mortal las manos, En El ejercerían conatos vanos. Jamás del hombre la mezquina mente, De Dios la esencia investigar pudiera, Penetrando sus senos insondables: Cual nifio, que, inocente Vaciar en una concha pretendiera Los caudales del mar inagotables, O bajar las estrellas De sus mansiones bellas. Espléndido, magnífico es su nombre:

"El que existe" se llama; causa alguna Del pleno ser que goza no ha tenido: Y aun antes que del cáos surgiera el hombre El aureo sol y la plateada luna, Ya entonces existía, pues siempre ha sido: Y existirá sin fin y sin mudanza, Poseyendo su eterna bienandanza. Por El, todo el conjunto de las cosas Salió de la honda nada; El con su mano Inmensa lo sostiene, en El se mueve. Ni aun las selvas frondosas, Por más que ruja el Aquilón, en vano, Pierden sin Él una hoja, ni se atreve El aura á columpiarlas, Ni el zéfiro á besarlas: Ni pudiera perder nuestra cabeza Solamente un cabello delicado. El sólo á sí se basta, ni de alguno Necesita jamás la fortaleza. Muy suave es para el hombre desdichado, Y calma sus pesares oportuno. Nada más grande puede idear la mente, Y porque Sumo, es Unico igualmente. Mas infecundo, estéril, no por tanto Es Dios; pues tiene un Hijo sempiterno Consubstancial; y entrambos asimismo Iguales son al Santo Espíritu, á quien Ellos ab æterno Inspiran Joh sin par, profundo abismo, Misterio inexplicable Por mente deleznable!] Siendo tres, son un Dios únicamente, Una esencia en el Padre engendradora, Que engendrada en el Hijo, é inspirada Es en el Grande Espíritu serviente. Ingénito es el Padre, pues ignora Principio; su Progenie es engendrada Mientras penetra el Padre Soberano De su Esencia infinita en el océano. Verbo por tanto; imágen de la Esencia Es del Padre su ardiente Reverbero; Dios que Dios procede; esplendoroso Rayo de su alta Ciencia; Al Padre igual, como Él, Dios verdadero. Infinito y Eterno y Poderoso

También es igualmente, El Espíritu ardiente, Quien de ambos procedió por mutua llama. Como de igual principio, y elimina Otro cualquier: mas El no es engendrado: Dios es no obstante; igual á Dios se aclama Del Padre y de su Verbo es la divina Aura, el Amor recíproco increado No tres Diuses, ó Eternos, ó Señores. Son, ni tres potentísimos Creadores. Mas al contrario: como un Dios tan sólo, Es también una sola Omnipotencia, Es una misma Majestad creadora Que habla de polo á polo Y que todo gobierna con su ciencia, De todo cuanto creó conservadora. Mas ¿cómo en tu osadía, Pretendes, Musa mia, Esto tartamudear con labio inmundo. Y profanar con ásperos sonidos? ¿Si los querubes, incorporeas mentes, Altas inteligencias, con profundo Respeto ante el Dios Trino, confundidos, Tiemblan y se estremecen reverentes, Y no osan más, que al Dios tres veces Santo Sin descanso aclamar con dulce canto?

CANTO II.

SANTO, SANTO, SANTO, ES EL SEÑOR DIOS.

Is. 6, v. 3-Apoc. 4, v. 8.

Escuchó un tiempo en rapto peregrino
Isaías á los genios inmortales.
De seis álas cubiertos, que entonaban
Al Supremo Jehová cantar divino;
Con dos álas sus rostros celestiales
Encubrían, y otras dos sus piés velaban:
Con dos tendían el vuelo; y "Santo: Santo:"
Tres veces repetían con dulce canto.
Este sublime cántico incesante,
El Discípulo virgen oyó un día,

063226

Y aunque otra forma en ellos se veía:

(La del león, que ruge majestuoso,
La del humano sér, del buey tardío,
Del águila que afronta el sol de estío,)

Siempre en el mismo ritmo placentero
Sin cesar repetían este gran canto;
Que en sus labios sin tregua se remueva,
Con vigor siempre firme y duradero;
Mientras de Sabaót al trono santo
De sus inciensos el olor se eleva:
Ni lo olvidan jamás, aunque á millares

A Jehová puedan entonar cantares.

Tú, pues, joh Gran Señor! inmensamente
De tal loor te huelgas, y aun prefieres
Entre otros mil este blasón hermoso.
Pues más que Eterno, Inmenso, Omnipotente,
Tres veces Santo ser nombrado quieres:
Y antes que de la culpa el afrentoso
Borrón te emegreciera, romperías
Tu cetro, y tu diadema arrojarías:

² La Deidad renunciaras, si cupiera
Culpa alguna en un Dios: como el insano
Gentilismo fingiendo, en niebla oscura,
A impúdica deidad, sombra y quimera
Rendía con el incienso culto vano.
Podría más fácilmente la natura
De sus firmes cimientos desplomarse
Y toda en gran tumulto trastornarse.

Y en paz y en amistad con el ardiente Fuego devorador, la mar bravía, Mezclada entonces viviría, hermanable: Y la luz y tinieblas igualmente Olvidarían su eterna antipatía, Y su rencor indómito, implacable: De sus ejes los cielos se arrancaran, Y al Tártaro oscurísimo rodaran: Antes que mancha alguna la tersura

I Estas fueron las cuatro apariencias que en la visión de S. Juan tomaron los mismos ángeles de que se habla arriba, y representaban distintos atributos de Dios, y según lo ha entendido la Iglesia, designaban los cuatro Evangelistas.

2 Expresión enfática para significar lo incompatible que es en Dios el pecado; pues admitido éste en El, por un imposible dejaría de ser Dios, y por consiguiente, se destruiría.

Empañe de tu faz, Dios Sacrosanto; Ante la cual del cielo las estrellas Esconden de su brillo la luz pura; Son como negro ollín, pues con espanto En tu presencia, con sus álas bellas Se cubren los querubes encendidos En ese inmenso piélago perdidos.

¿Quién santo como Tú? Tú eres la esencia De toda santidad, norma y medida, Y tu ley arraigada en nuestro pecho Arguye y reconviene á la conciencia. No por la humana rebeldía vencida: ¹ Y un azote agitando por derecho Camino le dirige, y á severa Cuenta la llama, inexorable, austera.

A tu vista jamás nos escondemos;
Tu rápida mirada nos alcanza;
Aunque á los hondos senos de la tierra,
De tu presencia huyendo, penetremos:
Allá tu grito vengador se lanza,
Y de tu voz el trueno nos aterra;
A cuyo eco las culpas palidecen
Y las manchadas almas se estremecen.

Santo es también tu espléndido palacio,
Ni en esos atrios penetrar intenta
Alma alguna por culpa contagiada
De la mísera vida en el espacio,
Si aun de leve mancha no está exenta,
Y es desterrada de tu real morada,
Hasta que en llama atroz, por tí encendida
Se haya al candor primero restituida.

La antigua culpa que su atroz veneno
Un tiempo en nuestros Padres delincuentes
Filtrar hizo y con fuerza poderosa
En su raza cundió, Tú, amante y bueno,
De tu sangre vertiendo los torrentes,
Y afrontando una muerte ignominiosa,
Para siempre borraste, y el mezquino
Barro se eleva hasta tu Sér divino.
Y tan hondas raíces había echado
Tal contagio en los míseros mortales.

Tal contagio en los míseros mortales, Que sólo por tu sangre fué extinguido.

I La ley de Dios, aunque es ese yugo suave de que habla Jesucristo, sin embargo, por ser Dios la misma santidad, no puede ver con ojos iguales la más ligera mancha de pecado en nuestras almas.

Antes de los profetas al senado Hizo gemir en lóbregos umbrales Por años mil, en sombras sumergido, Por su Patria anhelando; y las estrellas Ensordecían con lúgubres querellas.

Mas con pocas palabras, con poca agua Ahora se destruye: y cuántas veces De nuevo el alma pierde su blancura, Y el rayo vengador imísera! fragua, Tú luego de su mal te compadeces, Le vuelves de la gracia la hermosura, Apenas tu ministro con divina Boca vibró palabra peregrina.

Y sin embargo, un tiempo, el impetuoso
Torrente de tu saña derramaste
Sobre aquellos espíritus sin cuento,
Que á Tí una sola vez con desdeñoso
Ademán ultrajaron: empuñaste
• Tu flamígero rayo, y al momento,
Cambiados ¡ay! en hórridos dragones
Los arrojaste en lóbregas prisiones.

Y arrastrando en su choque las estrellas,
Que hacía crujir su negra cauda horrible,
Entre aullidos horrísonos rodaron,
Lejos del cielo y de sus luces bellas,
Do ruge un fuego, llama inextinguible:
Mas tu furor los hombres provocaron
Una y mil veces, y el fatal veneno
De la culpa vertieron en su seno:

Mas apenas el dolor de sus heridas
Comienzan á sentir, luego derramas
Tu bálsamo sobre ellas, y el ungüento
De tu bondad; pues de tu amor, nacidas
Son estas fuentes para el hombre que amas.
Porque Tú sólo Joh Dios! que el negro aliento
No sientes de la culpa, la hermosura
Vuelves al alma de tu imagen pura.

Enciendes Tú también la fortaleza
En el pecho mortal; armas su brazo
Y unges sus miembros, cual de atleta fuerte,
Y en la aguerrida lid le dás firmeza
Para eludir el enemigo abrazo.
Y aunque es debil su pié, su diestra inerte
Rompe, arranea, derriba, y victorioso,
Penetra hasta el empíreo luminoso.

Y después ciñes de inmortal diadema Y de lauro su frente; y al triunfante (Dádiva singular) tu misma herencia Cedes, tu régio trono, noble emblema De eterna filiación; un rutilante Palacio le destinas, y en tu esencia Para siempre engolfado, inmensamente Se perderá en tu Sér indeficiente.

Miles de santos en tu corte miro
Ceñidos de diadema luminosa,
Con nobles palmas en sus regias manos
Ocupando esos tronos de zafiro
Que en otro tiempo, turba sediciosa
Dejó vacíos, cuando baluartes vanos
Quizo oponer al mismo Omnipotente
Y fué arrojada del zenit luciente.

Desafían de la aurora el vaporoso
Purpureo manto, y la áurea cabellera
Del rey de las estrellas fulgurante;
Y más blancas que el ampo luminoso
De la nieve, en que Febo reverbera,
Son las galas que adornan la brillante
Pléyade victoriosa; y si deslumbran
Al ojo sus vestidos y aun alumbran

Al sol ardiente: ésta sin par blancura,
Este brillo, la corte bienhadada
Dioles, cuando en la sangre del Cordero
Lavábalas mil veces, y en la pura
Fuente del Salvador; mas es variada
De sus palmas la luz y el reverbero
De sus reales diademas; las victorias
También lo fueron, y sus nobles glorias.

Aquí la voz humana languidece;
La lengua calla, pues ni ingenio ni arte
Pueden trazar tan claros resplandores:
Mi debil fantasía ya desfallece,
Ni el sagrado Hipocrene 1 me comparte,
Pobre ya, sus cristales bullidores:
Atónita enmudece la Poesía,
Y su ferviente inspiración respira.

I Hipocrenc. Fuente que hizo surgir el caballo Pegaso en las faldas del Helicón al golpe de su pezuña. Estaba consagrado á las Musas. Por apropiación se designa aquí la inspiración religiosa, que aun es impotente para argumento tan sublime, de que sólo la revelación puede hablarnos dignamente.

De todos en el rostro se retrata

El júbilo infinito, que impetuoso
Se desborda sobre ellos á torrentes.
Siempre en himnos su lengua se desata,
Que hace vibrar acento melodioso,
Y siguiendo sus huellas esplendentes.
Sin tregua y sin cesar, tres veces Santo
Aclaman al Cordero en dulce canto.

CANTO III.

INCOMPRENSIBILIDAD DE DIOS.

CUAN INCOMPRENSIBLES SON SUS JUICIOS E INESCRUTABLES SUS CAMINOS.

Ep. Ab. Rom. 11 v. 33.

Inmenso, incomprensible Es el grande Jehová; pues si pudiera Penetrar en su Esencia y abarcarla El hombre defectible, O el querube que habita en la alta esfera. (Aunque cien veces más puede alcanzarla) Su vista aguda, su sublime mente Que vuela libremente;) Se ofuscara de Dios el brillo todo, Perdiera su diadema fulgurante. Siendo infinito, cárcel tan pequeña No podría aprisionarlo en ningún modo Sin menguarlo y destrurlo en el instante De su Deidad robándole la enseña; Toda creatura en vano Intentará sondear tan hondo oceano. Mira ese inmenso cielo Cuya bóveda tanto se levanta Sobre la tierra que tan vil se extiende. 1 El arrogante anhelo

I Hace aquí mención el padre de la muy conocida fábula de los gigantes, no como una reminiscencia mitológica, ó adorno poético, sino como dando á entender que aun los paganos tuvieron alguna i lea de la superioridad de Dios sobre todas las creaturas; y aun creen muchos que dich i fábula es ana adulteración de la tradición acerca de la rebeldía y ca-tigo de los malos angeles, ó de la torre famosa de Babel, monumento del orgallo humano.

De los fieros gigantes se quebranta . Contra esa inmensa altura: y ¿qué no emprende Su fuerte diestra? arrancan atrevidos Altos montes erguides Escalar intentando la alta esfera; Mas el ravo los hiere, derribando Los soberbios torreones que amontonan (Gigante empresa) y la caterva entera, Con su choque los montes arrastrando, Que de triunfo tan árduo ya blasonan: Hórrida con estruendo Desplómase del rayo al golpe horrendo. Podrá el Atos adusto, O el Erice sombrío, ó el encumbrado Real Apenino que al zenit se lanza Impávido y robusto Con su blanco capuz; ó el escarpado Olimpo de Tesalia; que va alcanza El auchuroso cielo fulgurante: O el encorvado Atlante Que la alta esfera en su cerviz sustenta; Y aun más el Orizaba soberano Que entre estos todos como rey domina, Y en lontananza su corona ostenta De blanca nieve sobre el vasto Oceano Pasmado al ver su sombra peregrina: Podrán, dijo, en su altura A los astros retar en noche oscura. Mas, ante el Poderoso, Ante el Grande Seffor desaparecen, Y son cual polvo que á la planta humana, En el estío ardoroso. Insensible se adhiere y ann parecen Con la nada igualarse. Audacia vana,

I Nombre le los montes más celebrados en la antiguedad por su altura. Entre estos, cita el Autor al Atos. monte muy elevado en la Macedonia, su altura es de más de mil metros. El Erice, monte en Sicilia, famoso por su antiguo templo de Venus, que se encontraba en su cumbre. Apeninos, cordillera muy conocida de Italia. El Olimpo, en la antigua Tesalia, que por su altura se le tomó por los poetas como sinónimo del mismo cielo. El Atlante, monte en la Mauritania; se le confundió por los poetas con Atlante, uno de los gigantes que intentaro escal r el cielo, y fué condenado por Júpiter á sustentar en sus hombros la bóveda del cielo. El Orizaba (pico de) su altura según Humboldt, es de 5,298 metros [según Ferrer, 5,442.] Es más alto el Popocatepetl, cuya altura es de 5,420. Pero el padre hace figurar á aquel como el más alto de México. Será tal vez porque es más enfonico su nombre y se presta más al metro.